

TECHO SE NECESITA

TERENCIO apareció agitando El Popular.

—¿Vos has visto lo que cuesta alquilar una pieza, gorda? Despedite del atellerico que soñábamos.

Yo me horripilé. Miles y miles.

—Están locos estos bolches —comenté—. No me alcanzan las estancias que tengo para ser artista proletaria.

—Lo peor es que no hay nada en el puerto. Todos los conventillos son propiedad horizontal. Lo único potable puede ser esto: "finc. s/c. c/j. \$ 15.000 C. Mald. Fogón". Me encanta lo del fogón, ¿y a vos?

—Ojo, que el folklore es lo out; pero vamos, no perdemos nada viendo.

Saqué la Mercedes y a la media hora de viaje dejamos atrás los últimos pozos de 8 de Octubre y nos internamos en la espesura.

—Che, ¿no habrá guerrilleros por acá?— le dije desconfiada, observando unos tipos recostados a los árboles que no estaban tomando mate.

—¡Ay, ojalá!— chilló Terencio cargando entusiasmado la Roliflex. ¿Vos sabés lo que me pagaría Life por una foto en español de guerrilleros uruguayos?

Terencio iba haciendo chácate, chácate con la máquina mientras yo manejaba despacio entre los pajonales. Al final dimos con una tapera derrumbada y semi oculta por el barro. Un letrero de Se Alquila se balanceaba de una rama. Yo lo miré a Terencio. ¿No sería demasiado agreste?

—Tocá bocina, Mónica, a ver quién sale —

dijo, prudentemente. Y no saques el pie del acelerador.

Un silencio sepulcral fue la respuesta. Nos bajamos y un revuelo de pájaros sacudió las hojas. Poético, muy poético. La puerta, de viejos tablones, se deshizo no bien la empujamos. Adentro, en la oscuridad, el musgo cubría las paredes. Terencio, con el diario en la mano, comprobaba la veracidad de las abreviaturas.

—“S/C”, querrá decir “sin cocina”, ¿no?

—Más bien quiere decir: “sin comodidades”, repliqué anotando la total ausencia de un toilette o cossos por el estilo.

—¿Y el fogón? ¿Dónde está el fogón?— Terencio buscaba afanoso el aparato con la linterna.

—Con seguridad debe estar en el jardín— le contesté. Todas las barbécues están siempre en el jardín.

Afuera, la maleza crecía lujuriosa. Un montón de ladrillos chamuscados emergía de un caparazón de zinc. Si eso era el fogón, los últimos en utilizarlo usaban plumas. Sin embargo, como el precio era conveniente, pintándolo de cal, que es la onda en decoración de interiores, y con algún que otro arreglito, podía servir. Quince mil, era tirado, realmente tirado, de modo que fuimos hasta el banco a firmar el contrato. Delante del mostrador había una cola de gente, pero yo soy íntima del presidente, así que cerramos trato. El arreglo nos sale medio millón de pesos y dentro de un año pagaremos treinta mil por mes. Lo que se llama una verdadera pichincha. Si no hubiera salido el aviso en El Popular, con seguridad que pagábamos el doble.